

POR LA AUTORA DE LA LETRA PEQUEÑA

LAUREN ASHER

AMOR A TODO GAS



SERIE DIRTY AIR

booket

Lauren Asher
Amor a todo gas
Serie Dirty Air, 1

Traducción de Ana Robla Vicario





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Throttled*

© 2020. THROTTLED by Lauren Asher

© por la traducción, Ana Robla Vicario, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: Macrovector / Freepik

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Margarita Hernández García

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2026

Depósito legal: B. 260-2026

ISBN: 978-84-270-5489-9

Impreso en España

Maya



—Maya Alatorre, graduada en Comunicación Audiovisual —anuncia una voz tanto en inglés como en español.

Mis padres y Santi me dedican una sonrisa radiante desde sus asientos a un lado del escenario, agitando pancartas entre los familiares del resto de los graduados de la Universidad de Barcelona. Yo cojo el trozo de papel más caro del mundo y, al sentir la textura rugosa en las yemas de los dedos, me acuerdo de todos los esfuerzos que he hecho para llegar hasta aquí.

Vuelvo a sentarme en el mar de alumnos ataviados con togas de poliéster barato. Después de unos cuantos discursos, cambiamos la borla del birrete de lado y acaban así nuestros días en la universidad. Cinco años y dos cambios de carrera más tarde, por fin puedo decir que estoy graduada. Por lo visto, no estaba hecha para la biología (me desmayé durante una clase de laborato-

rio en la que teníamos que practicar una disección cuando mi compañera abrió el vientre a un cerdito), y el derecho no terminó de convencerme (me fui corriendo a vomitar a una papelera en medio de mi primer debate, justo antes de que empezara el turno de preguntas). Puede que alguien vea estos cambios de rumbo como fracasos, pero a mí me parece que me han forjado el carácter. Además de brindarme una tolerancia inmensa a cagarla.

Al hacer prácticas en empresas descubrí que lo que me interesaba eran el cine y la producción. Ya me veo aumentando el número de graduados en paro, porque encontrar trabajo en esa industria es mucho más difícil de lo que me imaginaba.

Me uno a mi familia fuera, con las preciosas vistas de Barcelona recibiéndonos mientras el aire fresco de diciembre me eriza la piel; es lo que tiene ir con el modelito cutre de graduada en estas fechas. Nos unimos en un abrazo grupal y después se ponen a sacarme fotos. Recibo un cargamento de felicitaciones y besos, además de un sobre que me desliza Santiago, mi hermano, sin que nadie lo vea.

—Para la graduada. Mira que te ha llevado tiempo...
—Me dedica una sonrisa antes de dar un manotazo de broma al birrete.

Se nota que somos hermanos, pero también somos bastante distintos, gracias a Dios. Ambos tenemos el pelo castaño oscuro, grueso, que combina a la perfección con nuestros ojos, pestañas largas y piel aceitunada. Y ahí se acaba el parecido. Santi ha heredado el gen de la altura de algún pariente lejano, mientras que yo dejé de crecer a los catorce años. Él luce una barba de varios días y una sonrisa bobalicona, y yo prefiero optar

por una sonrisilla traviesa a juego con el brillo de mis ojos. Él hace ejercicio todos los días; yo, en cambio, considero subir y bajar las escaleras para ir a clase mi entrenamiento diario.

El teléfono de Santi suena y se aparta para cogerlo.

Mi madre me coloca en otra pose para seguir haciéndome fotos. Ella y yo también nos parecemos: bajitas, ojos grandes color miel y cabello ondulado con volumen suficiente para estar presentables nada más levantarnos.

—¡Estamos tan orgullosos de ti...! Nuestros dos niños están triunfando —se congratula mi madre mientras me hace una foto en el momento exacto en el que pongo los ojos en blanco. Su acento tiene algo reconfortante; será cosa de haber aprendido inglés de los huéspedes del hotel en el que trabajaba.

Suelto un gruñidito cuando me planta un beso enorme en la mejilla, dejándome un manchurrón de pintalabios.

Mi padre masculla algo sobre que debería empezar a tratarme como a una adulta. Vaya, vaya, así que ahora soy una adulta madura, todo por haberme puesto un birrete de graduación en la cabeza. La sonrisa se refleja en sus ojos marrones, lo cual hace que se le formen unas arruguitas en la comisura de los párpados mientras me mira. Él también tiene el pelo denso, como Santi, luce una barba corta y es bastante delgado. Santi es como una versión más joven y musculosa de nuestro padre.

—¿Quién quiere ir a picar algo? —pregunta este mientras se frota la barriga.

Santi vuelve adonde estamos con el rostro más pálido de lo habitual. Se acerca a mí y me dice al oído:

—Lo siento por esto, pero se van a cabrear si se enteran por alguien que no sea yo.

Me giro hacia él, confundida por sus disculpas.

Mi hermano respira hondo antes de esbozar una sonrisa.

—Mi agente acaba de decirme que Bandini me ha ofrecido un contrato para la próxima temporada.

«Mierda.»

No es que Santi me quite protagonismo, es que siempre ha sido el personaje principal.

Coloco el batido verde de Santi en la mesita que hay al lado de su banco de musculación, poco más de 100 mililitros ridículos que ponen en evidencia lo improbable que es que se me vaya a ver en la cocina en algún futuro próximo. Sobre todo porque aún hay líquido verde goteando del techo de la cocina. Qué desastre. Todo es muy divertido hasta que me olvido de ponerle la tapa a la batidora y el contenido sale volando, salpicándolo todo, incluyendo mi pelo y mi ropa.

—No hace falta que te desvivas tanto por mí. Deberías salir a divertirte, vamos a tardar un tiempo en volver a casa. —Suelta un resoplido cuando levanta una pesa por encima de su pecho.

—Quiero ser útil y no sentir que me estoy aprovechando de ti por quedarme aquí gratis. —Me retuerzo las manos con nerviosismo mientras él cuenta las repeticiones y lo único que llena el silencio son sus exhalaciones profundas.

Las punteras máquinas de entrenamiento relucen bajo las luces del techo, un testimonio claro de su compromiso con la Fórmula 1. Su nueva casa está a años luz

del dormitorio que compartíamos de niños. Cuenta con seis habitaciones, un gimnasio personal, una minisala de cine y una piscina olímpica. Casi seiscientos metros cuadrados, una barbaridad.

—El dinero ya no supone ningún problema —dice mi hermano con un suspiro.

—Ya, ya lo sé. Pero quiero ser alguien por mí misma, no puedo vivir siempre a tu sombra. —Mi mano amaga con coger un mechón de pelo y empezar a darle vueltas, pero reprimo el impulso nervioso.

Creo que no podría olvidarme nunca de que su cuenta bancaria está plagada de ceros. El primer sueldo de la Fórmula 1 sirvió para pagarme toda la universidad. Sin condiciones. Santi ni se inmutó cuando firmó el cheque, como si diera por hecho que ahora que tiene éxito es su deber mantener a la familia, lo cual no podría estar más lejos de la realidad. Nosotros valoramos lo que hace Santi, pero que esté dispuesto a ayudar en todo lo que pueda no es por un sentimiento de obligación, sino por un deseo genuino.

Cuando éramos pequeños, nuestros padres tenían dos trabajos para poder ahorrar cada céntimo y costear la carrera automovilística de Santi. Mi padre reparaba karts en su tiempo libre, y mi madre limpiaba casas los fines de semana. Al contrario que la mayoría de los niños ricos mimados de la Fórmula 1, mis padres son como mucho clase media. Santi ha triunfado él solo, sin respaldo financiero ni un apellido conocido en el mundillo. Ahora por fin tiene patrocinadores que creen en él y en su capacidad, lo cual le facilita bastante la vida y hace que competir sea mucho más divertido.

—Quiero que vengas a las carreras esta temporada. Así puedes tomarte un año para decidir qué quieres ha-

cer con tu vida. Además, nos lo vamos a pasar pipa; por fin tenemos una oportunidad para viajar juntos. —Me dedica una sonrisa de oreja a oreja desde detrás de la barra de pesas.

Santi va a correr para Bandini, la mejor escudería de Fórmula 1. Competir con ellos es un sueño hecho realidad para él. Cuando me preguntó si me apetecía ir con él, no dudé ni un segundo en decir que sí, porque mi hermano es básicamente una superestrella. Me molestó un poco que soltara el bombazo en mi graduación hace unas semanas, pero me esforcé en pasarlo por alto porque lo hizo por un motivo de peso: no quería que nos enteráramos por los paparazzis. Yo no soy como otras personas con hermanos, no siento el impulso de acaparar toda la atención.

—Ese es el plan. Tu asistente me ha enviado toda la información del viaje y las reservas.

Se me hace raro hablar de «su asistente», ya para empezar. Lleva todos sus asuntos, como buscarle los hoteles, asegurarse de que tiene comida en la nevera y contactar con patrocinadores.

—¿Te ha llegado la cámara que te compré?

No tengo ni idea de cómo devolverle toda esta generosidad, sobre todo cuando me hace regalos tan caros. Ya me lo paga todo y, aun así, me compra cosas. Últimamente me debato entre los sentimientos de culpa y de gratitud.

—Sí, gracias de nuevo. Ya lo tengo todo preparado, me muero de ganas de ponerme a hacer *vlogs*. Incluso me he comprado un estabilizador de cámara para grabar cosas de Fórmula 1. —Le sonrío.

Él no pierde el tiempo, sigue levantando pesas por encima del pecho mientras continúa charlando:

—Y yo me veré todos tus vídeos cuando empieces.
¿Has hecho ya las maletas?

—Sí, papá, tengo todo listo dos días antes, como me pediste —repongo con un gesto de desidia.

Él se ríe por lo bajo y sus ojos almendrados me buscan la mirada.

—Espero no tener que soportar esta actitud toda la temporada. No sé si voy a aguantarte con tanta hormona adolescente.

—Solo tienes un año más que yo. Y no te flipes con lo de «adolescente»; cualquier problema de hormonas ya es cosa del pasado. Tengo veintitrés años, no quince.

Él se estremece. «Bueno, eso te pasa por bocazas.» Debería empezar a llevar cuidado con lo que dice, porque pronto va a tener un equipo de grabación a su alrededor todo el día.

Se levanta y pasa un trapo a todo lo que ha usado del gimnasio porque así es él: cuidadoso, ordenado y responsable. La gente decente limpia sus bártulos después de hacer ejercicio y se asegura de colocar todo en el lugar que le corresponde; la gente como yo, en cambio, ni siquiera va al gimnasio.

Mientras que Santi transmite confianza y seguridad, yo tiendo a tener buenas intenciones pero unos resultados desastrosos. Y aunque respeto las decisiones vitales de mi hermano, ahora mismo estoy en una etapa de transición. Así que mi plan es viajar por el mundo, conocerme a mí misma y crecer. Nuestra familia sabe que me aclararé las ideas tarde o temprano, y estoy convencida de que pasará. Solo es que, como el buen vino, necesito algo de tiempo para madurar.

Y en ese tiempo puedo beberme unas copas en la piscina mientras Santi compite en veintiuna carreras en

otros tantos países. No, estoy de broma. Como a toda europea que se precie, me encanta la Fórmula 1, por lo que estaré animándole a cada paso que dé. O a cada vuelta de rueda... Bueno, se me entiende.

Mi hermano y yo lo hacíamos todo juntos cuando éramos pequeños. Sus carreras de kart eran la única actividad de la que disfrutábamos en familia, y a nadie le sorprendió que acabara siendo piloto de Fórmula 1 (a los veintiún años, ni más ni menos). No me puedo imaginar lo gratificante que debe de ser para Santi pensar que Bandini reconoce su potencial y quiere exprimirlo al máximo. Este nuevo contrato es la confirmación de que todos los esfuerzos que ha hecho a lo largo de su vida en la comunidad automovilística han valido la pena, y supone un nuevo capítulo en su carrera como piloto.

Vaya, que a mi hermano mayor no hay quien le frene. Literalmente.

Así que le hago una promesa a Santi en su sala de pesas.

—Juro solemnemente que mis intenciones son buenas.

—¿Acabas de soltarme una cita de *Harry Potter*?
—dice mi hermano, y frunce el ceño.

—No del todo. La he cambiado un poco para que vaya más conmigo.

—Eres de lo que no hay —replica con una risita.

«Ay, hermanito, eso lo sabemos bien.»

Nuestros padres aparecen una hora más tarde para la cena del domingo. El aroma a la tortilla de patata de mamá me inunda las fosas nasales mientras disfruto de un buen vino. Cuando Santi y yo les contamos que pretendo acompañarle durante la temporada, los dos sonríen llenos de orgullo y felicidad.

—Todo el trabajo duro ha dado sus frutos, Santi. Esos días eternos en pistas de tierra antes de pasar a las ligas mayores: la Fórmula 3, la Fórmula 2... Valoramos mucho los sacrificios que has hecho, incluyendo tus estudios. —Mi padre inclina su copa hacia él antes de dar un sorbo a la bebida.

A nuestros padres les gusta explicitar su gratitud por todo lo que ha hecho Santi desde que firmó ese pedazo de contrato con Bandini: pagar lo que les quedaba de hipoteca, abrirles una cuenta de ahorros y mandarlos de vacaciones. Más actos desinteresados por su parte. Siento una punzada incontrolable de celos al pensar en lo poco que le cuesta cuidar de la familia. No saber si voy a poder estar nunca a la altura de nada de lo que haga él me asusta. Me alegro de su éxito, no quiero que se me malinterprete, pero me pone nerviosa pensar que nunca voy a lograr nada parecido.

—Me muero de ganas de conocer los entresijos de Bandini cuando te toque correr en Barcelona. —Mi madre da una palmadita y deja las manos juntas cerca de su cara, un gesto que tiendo a copiar. Los ojos le brillan de la ilusión bajo la luz de la lámpara de araña del comedor de Santi.

—Y yo me muero de ganas de competir en España. Las carreras en casa son las más importantes para los pilotos —dice con una sonrisa.

Brindamos por sus palabras.

—Me parece genial que vayas con él y le hagas compañía, Maya. Seguro que a veces se siente solo con tantos viajes. Además, así podrás hacer *vlogs* —comenta mi madre mientras come.

Es un detalle que me incluya en la conversación. Está a tope también conmigo, mandándome artículos y

vídeos sobre cómo promocionar mi canal y hacer crecer mi audiencia.

Aunque no considero que vaya a ir con él para hacerle compañía, eso sería un rollo. Mis ideas son importantes para mí, pero entiendo que hacer *vlogs* no se puede comparar con pilotar los coches más rápidos y caros del mundo.

—Voy a poder filmarlo todo, porque Santi me ha comprado una cámara. Espero conocer a gente interesante por el camino y hacer contactos, porque pretendo mantenerme activa mientras él está ocupado. —Alzo la barbilla intentando expresar una seguridad en mí misma que no siento del todo en este momento.

—Nos alegra mucho tu decisión. Tu madre y yo nos preocupamos por ti y esperamos que descubras qué es lo que quieres hacer. Aprovecha al máximo ese grado en audiovisuales. —Mi padre se pasa una mano por el pelo canoso. No lo dice con mala intención, y, teniendo en cuenta que mi historial no es el mejor, no estoy en posición de juzgarlo.

Aun así, su comentario hace que me afloren las dudas, pero me las aparto de la cabeza.

—Santi tiene suerte de que su vida haya ido tal y como quería. Es una superestrella con veinticuatro años. Yo solo tengo veintitrés, así que aún me queda todo por delante. —Esbozo una sonrisa forzada, ignorando el pánico que me produce la sola idea de decepcionarlos.

—Maya y yo ya hemos establecido unas reglas básicas para que no se meta en problemas. Solo me faltaba encontrármela de nuevo borracha llorando en el suelo de un cuarto de baño mientras escucha una canción de los Jonas Brothers.

Le lanzo la servilleta a Santi.

—¡Eso solo ha pasado una vez! Era mi cumpleaños y acababan de anunciar que iban a volver. Estaba muy sensible, ¿vale? Me vino todo de golpe mientras me lavaba las manos.

Todos se ríen alrededor de la mesa.

—Y también le he dicho que no le deje la cámara a ningún desconocido por nada del mundo, no vaya a ser que se repita lo de la última vez. —Un resplandor de picardía asoma a sus ojos.

Yo me contengo para no poner cara de exasperación.

—¿Cómo pretendes que supiera que el tío ese iba a salir corriendo con mi móvil si le pedía que me sacara una foto? ¿Quién hace eso? Va contra todas las leyes del civismo.

Si soy sincera, muchas veces lo que me pasa es el resultado de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado y encima confiar en personas de aspecto sospechoso.

—Pues gente sin ningún tipo de moral. Deberíais tener cuidado con ese tipo de gente cuando os marchéis. Ya nadie va a la iglesia, así estamos. —Mi madre se santigua para rematar el comentario.

Solo mi madre podría pensar que la religión es capaz de solucionar cualquier cosa. «Dios la bendiga.»

Disfruto del resto de la cena con mi familia, agradecida de que la conversación ya no se centre en mí. Nadie es consciente de lo difícil que es estar a la altura de todo lo que hace mi hermano. Tampoco es que me obsesione, pero, aun así, Santi deja el listón muy alto. Da igual, voy a pasar de toda esta negatividad y a aprovechar los viajes que tenemos planeados para divertirme.

Porque solo hay una cosa peor que quejarse de tu hermano mayor.

Quejarse de que tu hermano mayor sea absolutamente perfecto.